



Mariano José de Larra

**Primera representación de La extranjera
Drama en tres actos**

Agotados y tratados más o menos felizmente por los primeros ingenios del arte la mayor parte de los asuntos que pueden servir de núcleo a la comedia clásica, presentados ya en la escena los más de los caracteres que prestándose al pincel del poeta dramático pueden excitar la risa del espectador, y embotadas, en fin, las sensaciones de los hombres de nuestra época por la funesta sucesión de revoluciones políticas y grandiosas que han trastornado en nuestros tiempos el orbe, érales preciso a los ingenios tomar una senda nueva, que, dando paso a la curiosidad o punzando fuertemente nuestra irritable cuanto gastada sensibilidad, llenase los exigentes deseos de un público cansado ya de dejarse conducir al compás monótono de las reglas, por un campo sembrado de menudas florecillas, olorosas sólo para un olfato delicado. Sensaciones fuertes, ampulosas declamaciones, llantos, desgracias, muertes, han sido los medios que han substituido en el teatro a la sal cómica de Molière o a la delicada sensibilidad de Racine.

Este es el origen de los dramas, a nuestro parecer género bastardo y harto peligroso en cuanto que abre las puertas del templo de las musas a la atrevida medianía, que hallando en las crónicas o en las novelas los nombres, los caracteres, las situaciones mismas, se arroga o arrebatada con mano profana la corona de laurel que el mérito verdadero parece dejar olvidada. Género, en fin, tan difícil como todos, si se ha de sobresalir

en él; pero que permite más golpes sorprendentes de teatro y abre un ancho campo por donde a rienda suelta puede correr el genio desenfrenado. En el drama que ayer noche se representó ni corre el genio, ni corre desenfrenado; una larga serie de escenas prolongadas, ningún colorido, situaciones interesantes mal aprovechadas, nos recuerdan apenas la creación fantástica de d'Arlincourt. Todo el mundo conoce la novela de que hablamos, y aun más la ópera calcada sobre ella; excusamos, pues, poner de nuevo a la vista del lector el amor funesto de Arturo; cuando la brillante imaginación de Bellini nos ha ataviado ya con flores nuevas la rica producción del vizconde romanesco, está el público mal dispuesto a oírla en monótona y fría prosa y menos podrá perdonar esta terrible diferencia si el lenguaje, a veces altisonante, a veces humilde y bajo, y casi siempre denunciador del original francés, le grita: «Soy mala traducción de un mal original».

El público la ha tratado como se merece, sin que esto quiera decir que no hayamos visto aplaudidas muchas veces en las mismas tablas composiciones peores. Todo poeta que en vez de agregar a su asunto, manejado ya anteriormente por otros, nuevos encantos le despoje de aquellos mismos con que por primera vez se presentó ataviado a los ojos del público, llevará el castigo probablemente de esta loca rivalidad. Nosotros, apasionados, naturalmente, de La Extranjera, así como de las demás partes de la fantástica, imaginación del Vizconde su autor, no hemos visto en el drama sino la linterna apagada de d'Arlincourt.

¿Qué podían hacer los actores en un drama con que luchaba la prevención, la ausencia total de prestigio y, sobre todo, su propia falta de mérito?

Poco. Así que nos limitaremos a hacer una observación general útil para todos: no sabemos por qué razón ciertos actores, si no los más, en habiendo de representar un drama en serio encandilan los ojos, arquean y fruncen las cejas, ahuecan la voz, rodean y aspan los brazos y se dibujan continuamente en la escena. ¿Creerán, por ventura, que los grandes señores o los grandes pícaros no son hombres y no sienten como los demás? Si alguna cosa hay en el mundo que iguale las clases es la pasión; el corazón, pues, y el sentimiento son la fuente donde ha de beber el actor su inspiración; la verdad es el primer medio que debe emplear, sea príncipe o pechero, noble o villano. Ese tono afectadamente sublime de algunos actores y esos acentos eternamente llorones de algunas actrices no van al corazón del espectador; son pellas de nieve que arrojadas contra una pared se deshacen en tocándola, sin siquiera humedecerla. Hemos notado algún esmero en la propiedad de los trajes y no acabaremos el artículo sin hacer mención del buen gusto del peinado y vestido de la interesante Isolina.

(Publicado en la Revista Española, número de 15 de febrero de 1833.)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

